



Latitud 27 Revista de artes y ciencias sociales

Universidad Nacional de Santiago del Estero
Nº 1, Invierno 2022
ISSN: 2953-3783
<https://latitud27.unse.edu.ar>



UNSE
Universidad Nacional
de Santiago del Estero



Trabajo y
Sociedad



Borges y Marx, autores argentinos.*

Un esbozo de similitudes imaginarias.

Carlos Virgilio Zurita

Unse-Indes-Conicet
cvzurita@gmail.com

1. Quizás, los dos nombres más influyentes, más constitutivos de la atmósfera intelectual de la Argentina del último medio siglo, hayan sido Borges y Marx.

Los elogios y diatribas sobre ambos, o, más bien, sobre cada uno de ellos, en la actualidad parecen fuegos fatuos, humaredas del pasado. Porque ahora se puede ver hasta qué punto las vertientes y las insinuaciones de ellos se traslucen en las narrativas y discursos de sociólogos, filósofos, novelistas, antropólogos, críticos, historiadores y psicoanalistas, tanto de izquierda como de derecha¹, ya sea en los abonados a las versiones críticas como a las tradicionales².

Justificar las razones de la marcada incidencia de Borges en el campo literario y de Marx en el ámbito de las ciencias sociales sería una tarea argumentativa de una obviedad casi imperdonable. En cambio, podría resultar un ejercicio incitante y prometedor, el apuntar al cruce de perspectivas, a la hibridación de genealogías intelectuales, esto es, a la referencialidad de Borges en la construcción de relatos en ciencias sociales y a la impronta de Marx en el diseño de escenarios y personajes lite-

* En mi libro *El sociólogo como escritor* publicado en 2015 por EDUNSE-Red de Editoriales de Universidades Nacionales ya constaba mi interés de abordar conjunta e imaginariamente a Borges y Marx. En el presente texto ahora lo retomo actualizándolo gracias al estímulo y generosos comentarios de Pablo Alabarces y Gabriel Vommaro.

¹ Sobre el probable sentido actual de estos términos, una ayuda valorable puede provenir de la lectura de *Izquierda y derecha. Razones y significados de una distinción política* de Norberto Bobbio, Editorial Taurus, 1995.

² Casi no es necesario dar referencias, pero si fuera necesario, y tan sólo a título ilustrativo, ahí están los ejemplos de Beatriz Sarlo, Ricardo Piglia, Andrés Rivera, Rodolfo Walsh, Samuel Schkolnik.

rarios. Y, sobre todo, a la influencia conjunta de ambos autores en escritores y académicos argentinos.

Tal influencia no ha provenido necesariamente de recepciones conscientes, ni aun, en ciertos casos, de lecturas directas de los textos, sino en la generalización del uso de repertorios interpretativos, procedimientos analíticos y prácticas escriturales.

Se podría decir que ambos han contribuido a configurar lo que Raymond Williams llamaría la “estructura de sentimiento”, ya sea el clima intelectual de una época, como la experiencia social de la cultura por parte de una generación de académicos y escritores³.

Borges y/o Marx fueron asumidos en Buenos Aires y su hinterland académico y literario⁴ mas que como escritores o ideólogos, como “autores” y, más precisamente, con el sentido que tiene el término “*author*” en la tradición anglosajona –particularmente norteamericana-- y que se refiere, al creador de un artificio que tiene valor en la esfera tecnológica y en el mercado de ideas, y también al productor de sentidos inteligibles del mundo. El *autor* no sería tan sólo alguien que *ha escrito* (en el pasado, aunque sea inmediato), sino, también, alguien que *genera relatos* (en el presente y, probablemente, en un futuro escudriñable).

Estas notas, donde campean más las suposiciones que las argumentaciones, no pretenden insertarse en cierto género sugestivo, aunque de algún modo pretencioso –para el que de todos modos no nos encontramos habilitados-- que viene desde Plutarco y sus *vidas paralelas*, sino más bien en algunas sugerencias interpretativas, como las de Adolfo Prieto⁵, Robert Darnton⁶ y, particularmente, Wright Mills⁷. Se trata de inspeccionar circunstancias de vida, algunas claves de personalidad, pero no tanto en sí mismas, sino en su articulación con el clima de época y, en cierta forma, con la estructura social.

2. Borges y Marx, autores de tan honda incidencia cognitiva y simbólica en Argentina, y, al mismo tiempo, personajes tan disímiles, tan singulares, ¿tienen, acaso, algo en común? Mas allá de su coexistencia, de su coetaneidad en el campo cultural del presente y, particularmente, del pasado reciente de nuestro país, ¿resulta posible encontrar semejanzas entre ellos? Sin extremar demasiado la búsqueda de homologías, pretenderemos mostrar algunas líneas de cercanías, ciertas imaginarias y reales similitudes.

³ Cf. Sarlo y Altamirano, en su ya clásico *Conceptos de sociología literaria*, CEAL, 1980.

⁴ Nos referimos a los espacios de institucionalidad nacional que configuran, por ejemplo, las Universidades estatales, el Conicet, la Coneau o el Fondo Nacional de las Artes.

⁵ *La literatura autobiográfica argentina*, Jorge Álvarez, 1961.

⁶ *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, Fondo de Cultura Económica, México, 2000. Especialmente, su cap. IV “Un inspector de policía organiza su archivo: la anatomía de la república de las letras”.

⁷ *La imaginación sociológica*, Fondo de Cultura Económica, México, 1962.

Realizaremos no tanto un examen, sino una enumeración, quizás arbitraria, de tópicos de convergencia, en cuanto a sus aportes, sus genealogías, su descendencia, sus amistades, sus probables carencias, más algunos puntos sensibles comunes, como, por ejemplo, la significación de las bibliotecas o el sentido de los exilios.

3. En el nivel, por así decir, cognitivo, y también en la esfera expresiva, en los *modos de decir*, tanto en literatura como en ciencias sociales, los aportes de nuestros autores significaron una profunda renovación lingüística y conceptual; establecieron umbrales, puntos de partida: con ellos cambiaron sustancialmente las perspectivas interpretativas y escriturales. Ambos fueron, en cierto sentido, más que radicales o revolucionarios, inaugurales, padres de rupturas en los discursos y en las narrativas. Dichas rupturas fueron explícitas en el caso de Marx y, de algún modo, implícitas en el caso de Borges.

Una simetría reside en el hecho de que los dos intentaron propagar propuestas, más que utópicas, salvíficas. Los objetivos a redimir, a salvar, eran: a sí mismo, en el caso de Borges, y a la humanidad, en el caso de Marx.

En ambos se muestra con mucha intensidad la nota creacionista; tanto uno como el otro fueron constructores de mundos. Se podría postular que sus creaciones paradigmáticas pueden resumirse en dos: Borges inventa a *Uqbar* y Marx al *capitalismo*. Y los estilos constructivos que utilizaron presentan semejanzas: la enumeración, la descripción (según los casos, exhaustiva y/o impiadosa), la enunciación, a veces artificiosa, de sorprendentes conexiones causales.

4. Ellos afrontaron una temática que les interesaba: la cuestión de los linajes y genealogías intelectuales. Borges postuló que a cada escritor le asiste el derecho de inventar a sus propios antecesores; con premeditada imprecisión y con devoción cambiante, los fue enumerando a lo largo de su obra; en su canon personal están presentes, desde De Quincey, Stevenson y Kafka, pasando por Quevedo, Cervantes y Cansinos Assens, hasta Carriego y Macedonio Fernández, sin olvidar la edición de 1912 de la Enciclopedia Británica, y, sobre todo, la multitud de autores y obras apócrifas que son, probablemente, las capas más sólidas de su arqueología intelectual..

A diferencia de Borges, Marx no presentó sus ancestros en diversas ocasiones, ni ellos fueron cambiantes, sino que casi de una sola vez los formuló de una manera definitiva. En el emblemático prólogo a la “*Contribución a la crítica de la Economía Política*” quiso disipar cualquier equívoco: yo vengo, diría, de la filosofía hegeliana, de la economía de Adam Smith y Ricardo y de las prácticas sociales francesas

5. Si bien Borges y Marx, de diversas maneras y con distintos énfasis, intervinieron en la elección de sus ascendientes, no fueron para nada responsables de su descendencia y, menos, de sus epígonos⁸. Dejando de lado que no es posible contrastar seriamente el espesor y, particularmente, la amplitud de su descendencia⁹, consideramos que la naturaleza de su influjo ha tenido que ver con los distintos roles o misiones que adoptaron o se vieron obligados a desempeñar: un rol *profético* en el caso de Marx y, otro, *sacerdotal* en el caso de Borges.

De un océano de nombres, se podría seleccionar a seis, para encarnar la vastedad y diversidad de la propagación del evangelio marxista: Lenin, Trotsky, Stalin, Mao, Gramsci y Ernesto Guevara¹⁰.

En tanto que la influencia borgeana¹¹ comprende a un creciente arco de lectores y admiradores que se extiende desde Foucault¹², pasando por Eco, Bloom, Yourcenar y Ciorán, hasta narradores recientes, como v. g., Auster, Coetzee y Millás. En rigor, señalar la influencia de Borges en un campo literario tan típico de la segunda mitad del siglo XX como lo fue el género fantástico y, particularmente, la literatura fantástica autorreferencial¹³ significaría una caudalosa enunciación de apellidos extranjeros, y que, para el caso de sus tributarios hispanoamericanos, especialmente argentinos, sólo podría consistir en una enumeración vertiginosa. Entre nosotros, argentinos, el término más propicio y expeditivo para listar los herederos de Borges es la palabra *etcétera*¹⁴. No obstante, en señalamientos de, entre otros, Beatriz Sarlo y Ricardo Piglia, hay una suerte de largos y precisos listados de escritores connacionales que en el cuento, la poesía, el ensayo y ¿sorprendentemente? en la novela, fueron tributarios de Borges.

⁸ Aun en el caso de Marx que se propuso formar escuela o *formar cuadros*, como se diría en términos más actuales.

⁹ En cierto momento del siglo XX casi la mitad de la humanidad vivía bajo gobiernos con diversas profesiones de fe marxistas.

¹⁰ La influencia de Marx en Argentina se muestra a lo largo de un siglo, desde José Ingenieros y Juan B. Justo, pasando por versiones dogmáticas y adocenadas del estalinismo y el trotskismo (que no fueron los casos de Héctor Agosti y Jorge Abelardo Ramos), hasta las interpretaciones más críticas y originales de v.g. Miguel Murmis, Juan Carlos Portantiero, José Aricó y Oscar Del Barco.

¹¹ Es, y, sobre todo, era común y frecuente en cierto tiempo, que sociólogos o politólogos se asumieran explícitamente como “marxistas”. Se trataba de una práctica abusiva de definición de principios que no resulta habitual en el mundo de la literatura. Es imaginable que Gramsci, por ejemplo, dijera “soy marxista”, en cambio, no es imaginable, ni necesario, que Piglia, por ejemplo, se filiará a sí mismo como “borgeano”.

¹² Foucault fue quien, por así decir, legitimó al aporte de Borges en la vertiente “crítica” de las ciencias humanas.

¹³ Cuando la propia identidad (la identidad personal) se convierte en una dimensión imaginaria.

¹⁴ Es curioso que la suposición de que “todos los escritores argentinos son borgeanos” sea simétrica a la estimación de Perón de que todos los políticos argentinos –radicales y socialistas incluidos- sean, en el fondo, peronistas.

6. Las vinculaciones románticas con mujeres, al menos las oficializadas, no parecen haber pesado demasiado en la fisonomía sentimental de nuestros autores: ni Jenny de Westfalia, ni Elsa Astete Millán, ni María Kodama, habrían significado algo más que meras –aunque eficientes– gestadoras de la organización de la cotidianeidad, y de algún modo, su intrascendencia es puesta de manifiesto en ciertas demasiado cuidadosas y gentiles referencias y dedicatorias.

En cambio resultaron cruciales las relaciones de amistad y colaboración que establecieron con dos hombres. Federico Engels y Adolfo Bioy Casares no fueron tan sólo entrañables amigos y permanentes referentes intelectuales, sino que también desempeñaron diversos roles, desde el mecenazgo hasta la coautoría. Tanto Engels como Bioy eran hombres de fortuna; mas allá de los aportes económicos y del sustento afectivo que suelen brindar los amigos, participaron en emprendimientos comunes y en la elaboración conjunta (¿quizás, la coescritura?) de diversas obras, entre otras, el *Manifiesto* y los relatos de Bustos Domecq.

7. Las bibliotecas, ya sean como espacios alegóricos y como configuraciones institucionales, tuvieron considerable relevancia en la vida imaginaria y en la práctica intelectual de nuestros autores. Borges no sólo acostumbraba afirmar que “en el fondo, nunca salí de la biblioteca de mi padre”, sino que cuando en 1955 le dieron a optar entre diversos cargos públicos importantes, sin dudar escogió la dirección de la Biblioteca Nacional; allí escribiría una de sus poesías más notables, el *Poema de los dones*, verdadero artículo de fe acerca de las tangibilidades y los espectros que rondan por los repositorios.

Por otra parte, la imagen de Marx escribiendo cotidianamente en la biblioteca del British Museum ha llegado a ser una escena iconística, expresiva tanto de sus carencias presupuestarias como de su laboriosidad vertiginosa.

Una coincidente valoración de las posibilidades materiales y, sobre todo, simbólicas de las bibliotecas públicas, tal vez pueda derivarse del hecho de que ambos, según diversos testimonios, poseían en sus casas bibliotecas personales sumamente escuálidas.

8. Nuestros autores también ostentan una común inasibilidad filiatoria; ninguno de los dos puede ser calificado bajo un solo rubro. Qué era Borges, ¿cuentista, poeta, ensayista, conferenciante, entrevistado? Y Marx, ¿economista, político, sociólogo, predicador? Las dificultades taxonómicas para circunscribir sus aportes a un género determinado, son las que, probablemente, expliquen la vastedad y la diversidad de su influencia que, precisamente, trasciende los géneros de discursos y las

retóricas narrativas, y que en el caso de Argentina tal vez haya sido potenciado por una natural tendencia nacional a la hibridación intelectual.¹⁵

9. Muchos de los críticos de Borges y Marx seguramente no fueron conscientes que algunos de sus recaudos y cuestionamientos tendrían el no deseado efecto de desacralizar sus figuras y tornar más nítidos sus perfiles humanos.

Las imputaciones a Marx fueron diversas, entre ellas, que su rol profético se vio seriamente afectado por vaticinios desafortunados¹⁶ o que no llegó a exponer y desarrollar acabadamente uno de los aspectos claves de su doctrina, como lo es la teoría de la estratificación¹⁷. En tanto que la más grave falla persistente enunciada sobre Borges se refiere a su supuesta incapacidad de escribir una novela.

Resulta curioso advertir que los recaudos formulados se sitúan más allá de las intenciones expresivas y constructivas de nuestros autores. Marx no se propuso ser un astrólogo sobre el devenir de la humanidad sino apenas el describiente exhaustivo de la naciente sociedad capitalista, ni a Borges le interesaba emprender con el tejido conjuntivo de una novela de 300 páginas. En términos de los hermeneutas actuales se podría postular que los proyectos eran: lo macro, lo estructural, lo vasto, en el caso de Marx; lo micro, lo fragmentario, la condensación, en el caso de Borges.

10. Enemigos políticos y literarios de Marx y de Borges, desde perspectivas retardatarias y también progresistas, pretendieron anatemizarlos caracterizándolos como “apátridas”. Este calificativo, que para cierto público en algún momento estuvo cargado de resonancias malignas, bien podría haber sido recibido como un elogio por nuestros autores. Ellos suponían que, en el mundo de las ideas, el huevo de la serpiente anida en la pasión por la patria. Por eso Marx profesó el internacionalismo proletario y Borges un pertinaz escepticismo sobre la Argentina. Los exilios de Marx fueron forzados y de naturaleza política, en tanto que los de Borges fueron de algún modo involuntarios y atribuibles a decisiones familiares.

El hecho de que sus epitafios, *la muerte escrita*, se localicen en los cementerios de Highgate y Ginebra, en suelos no natales, acaso configure una metáfora que cierre perfectamente sus vidas, su espíritu de habitantes, no de espacios ni territorios, sino de épocas, de sentidos del tiempo.

¹⁵ Tendencia que viene desde Sarmiento, atraviesa por Martínez Estrada y Macedonio Fernández, hasta llegar a Piglia y Foguill.

¹⁶ Que el ciclo de la revolución mundial no se inició en la Europa de mayor desarrollo capitalista, sino, imprevisiblemente, en la Rusia de los Zares, semifeudal y precapitalista.

¹⁷ Tan sólo enunciada en una de sus dimensiones, la de los estratos medios rurales, en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* o apenas esbozado en el inconcluso tercer Tomo de *El Capital*.

11. Tal vez sin incurrir en etnocentrismo nacional se pueda afirmar que la Argentina presenta peculiaridades muy acentuadas en el concierto de las naciones. En rigor, no habría una concertación, sino más bien una *desconcertación* que se manifiesta en diversos planos. Por empezar, abrigamos la creencia de que algunos de sus logros y, además, algunas de sus vicisitudes, podrían atribuirse a su carácter “extemporáneo”.

Por eso sus ritmos históricos casi siempre han sido incongruentes con los de muchos países y regiones. En las primeras décadas del siglo XX no sólo había accedido a niveles de crecimiento económico propios de los países más prósperos, sino que se había alejado hasta tal punto de sus congéneres latinoamericanos que ostentaba niveles de desarrollo social y educativo inigualables, equivaliendo su PBI al valor del conjunto de todas las economías de América Latina.

Y tal extemporaneidad de la Argentina podría ser predicada no sólo con respecto a países en vías de desarrollo como los latinoamericanos, sino también con referencia a espacios civilizatorios más vastos, como “Occidente”, por ejemplo.

Eric Hobsbawm ha afirmado que “los siglos” en sus dimensiones cultural, económica y social no coinciden necesariamente con los límites de las centurias; en ese sentido señalaba que el siglo XX en Occidente –¿que es decir, la humanidad?– fue en rigor un *siglo corto*, puesto que nació en 1917 con la Revolución Rusa y concluyó hacia 1989 con la caída del Muro de Berlín y el colapso de la Unión Soviética.

En esta perspectiva de establecer umbrales signados por esperanzas en el punto de inicio y por catástrofes en el punto final, se podría conjeturar que el siglo XX en Argentina –el tiempo de la modernidad- ha sido un *siglo largo* que se inicia hacia 1880 y concluye con la debacle de diciembre de 2001.

La Argentina, para bien y para mal, ha resultado territorio propicio para experimentos políticos de diversa naturaleza, ha sido banco de pruebas para la aplicación de modelos económicos extremados, ya sea distribucionistas o concentradores, pero también ha sido un potente *laboratorio de ideas*.

Este último rasgo, que quizás pueda ser atribuido a diversas causas (desde una acentuada movilidad social, el temprano logro de buenos estándares educativos, la particularidad de sus aportes migratorios, la significación de una metrópolis abierta y cosmopolita como Buenos Aires, la singular apertura creativa de las Universidades en el periodo 1956-1968, etcétera.), tal vez sea el que de algún modo explique el poderoso ascendiente y, también, la peculiar coexistencia de autores como los que aquí hemos tratado.

Estas notas han pretendido discurrir entre la levedad del ensayo y el ejercicio retórico de búsquedas de equivalencias y contrastaciones entre espejos intelectuales. Me proponía realizar un acer-

camiento de cierta proximidad humana a dos personajes cruciales en la conformación del clima de pensamiento en la Argentina de los últimos cincuenta años.

No me cuesta reconocer que también tienen algo de práctica catártica. Hablar de Borges y de Marx, inspeccionar sus presuntas o reales similitudes, resaltar su influjo en una vasta generación de académicos y escritores, asimismo ha sido una manera –a través de la elipsis literaria- de convocar y examinar a mis fantasmas personales.

A los maestros Floreal Forni, Miguel Murmis y Jorge Enea Spilimbergo,
y a los amigos Eduardo Archetti, Javier Auyero, y Alberto Tasso.
Todos, en algún momento, marxistas y borgeanos.